

NÚÑEZ DE ARCE, GASPAR (1834-1903)

*UN IDILIO*

ADVERTENCIA PRELIMINAR

No cumpliría con lo que me debo a mí mismo, si al reimprimir este IDILIO, segunda obra mía leída en el teatro Español, no me apresurara a expresar mi vivo agradecimiento al eminente actor don Rafael Calvo, que tan magistralmente ha penetrado el sentimiento de alguna de mis producciones líricas, avalorándola con la lectura; a la prensa que la ha juzgado con benevolencia excesiva e inmerecido encomio, y al público que me ha favorecido en esta ocasión, como no ha habido ejemplo hasta ahora en España, agotando en poco tiempo diez ediciones de *La última lamentación de Lord Byron*.

Aun cuando no hubiese tenido tantos motivos de satisfacción como los que me ha proporcionado la circunstancia, por mí no buscada, antes bien temida, de inaugurar en el teatro las lecturas públicas en la forma y con el carácter que en estos momentos revisten, sería para mí causa de regocijo, y si me es permitido decirlo, de perdonable orgullo, la animación literaria que ha despertado en todos los espíritus el buen éxito de esta primera tentativa. Apenas hace siete meses que las lecturas se inauguraron, y ya han encontrado entusiasta acogida en los demás teatros de la Corte, en las corporaciones más doctas de las provincias, y en los mismos salones aristocráticos, donde han tenido su recepción solemne, merced a la poderosa iniciativa de un prócer ilustre, siempre propicio y dispuesto a patrocinar todo cuanto puede influir ventajosamente en el progreso y cultura de su patria.

Además, insignes poetas que gozan de universal nombradía han hecho saborear al público las bellezas de sus inimitables inspiraciones, donde campean el estro, la intención, la flexibilidad y la gracia, y otros no menos dignos de los favores de la fama, aunque no los hayan alcanzado todavía, se preparan a tomar parte en estas justas del ingenio, que anuncian, mejor dicho, determinan ya un nuevo y fecundo florecimiento de la literatura nacional. Es de esperar que en pos de la lectura poética concurra al certamen, en plazo no muy lejano, la lectura de obras en prosa, donde muestre la gallardía de su inteligencia y los primores de su estilo, la brillante pléyade de novelistas y escritores de costumbres, que es ya ornamento y honra de España.

Mas para que este movimiento sea fructífero y no desaparezca, como ligera ráfaga, sin dejar huella de su paso, menester es que el arte comprenda y realice sus más elevados fines. Las lecturas no deben sólo ser vano y estéril entretenimiento, sitio provechosa enseñanza, y cuenta, que al expresarme así, nada tan lejos de mi ánimo como abogar por el arte puramente didáctico, por el arte docente, por el arte puesto como humilde esclavo,

cuando en la libertad estriba su grandeza, al servicio de intereses de escuela, de secta o de doctrina. No: esto sería desconocer su naturaleza superior y cortarle las alas. Por más que deba inspirarse en los ideales que conmueven al mundo, sin volver desdeñosamente la espalda a las legítimas aspiraciones de su siglo, forzoso es convenir que no es el campo de las abstracciones filosóficas el más adecuado y propio para su desenvolvimiento. Su esfera de acción, esfera inconmensurable y luminosa, en la cual domina sin oposición alguna, es la del sentimiento, y en este anchuroso espacio es donde, hoy como nunca, tiene sagrados deberes que cumplir y una misión altamente moralizadora que llenar.

Nuestra sociedad está enferma: los trastornos políticos y sociales, las contiendas religiosas, la lucha de los intereses, las contrariedades de la vida y la general experiencia han desarrollado vigorosamente el entendimiento humano; pero han debilitado su energía, y hay innegable desequilibrio entre sus fuerzas reflexivas y sus fuerzas morales. Pasma y maravilla el vuelo que la razón ha tomado en nuestra época, la osadía de sus concepciones, la profundidad de sus juicios, la alteza de sus miras y hasta la generosidad de sus propósitos: pero no pasma ni maravilla menos la anemia moral y el desfallecimiento egoísta a que han llegado los caracteres y las conciencias.

Todo está postrado, todo está caído, todo está casi disuelto; la fe religiosa, la fe política, el amor de la patria, la confianza en los principios, y por un doloroso contrasentido, hasta el sentimiento colectivo de la justicia, precisamente cuando las almas vislumbran con mayor claridad la noción del derecho. Diríase que una corriente invisible, pero arrolladora, empuja y precipita al mundo, falto de voluntad y fatigado del ejercicio de su propio pensamiento, hacia los abismos de la fuerza, donde, como en el seno de la muerte, todo enmudece, se paraliza y se corrompe.

Las cosas de la vida se eslabonan y enlazan, aun aquéllas que menos relación y contacto parecen tener entre sí, y todo estado social encuentra siempre en el período en que se revela, su manifestación filosófica y su expresión estética. La relajación de las costumbres coincide en los primeros albores del siglo XVI con el renacimiento pagano; la elegante y burlona incredulidad del siglo XVIII, que empezó riendo para concluir llorando, con la aparición de la Enciclopedia, y en nuestros tiempos, la decadencia de los caracteres y el creciente anonadamiento de los ánimos, se inician con el positivismo, que no niega la metafísica, pero que hasta cierto punto prescinde de ella; crecen con el materialismo, empeñado en arrojar a los dioses del ciclo, valiéndose de los admirables descubrimientos de las ciencias naturales, y últimamente se completan con el pesimismo, ese engendro filosófico sombrío y desesperado, que acabaría con el mundo, si Dios, cuando le entregó a las disputas de los hombres, le hubiese entregado del mismo modo a sus demencias.

Influido el arte, singularmente en su manifestación literaria, por estas tendencias desoladoras, que ha aspirado, quizás sin darse cuenta de ello, como se aspira el miasma envenenado de las epidemias, se ha hundido en los excesos de un realismo, o mejor dicho, de un naturalismo repugnante y vergonzoso, Francia es el foco del mal, desde donde irradia y cunde como un contagio por todas las naciones del continente europeo, que, con mayor o menor intensidad, según la índole peculiar de cada raza, sienten los

síntomas invasores de esta corrupción intelectual, en cuyo fondo fermenta como futuro castigo, el despotismo de los Césares o la tiranía de la plebe.

No se crea por cuanto dejo expuesto, que soy sistemáticamente hostil al realismo artístico. ¿Cómo he de serlo, si profeso la máxima de que las obras del ingenio sólo alcanzan larga y gloriosa duración cuando se inspiran en la verdad de la existencia? Lo que censuro, combato y juzgo digno de reprobación es el convencionalismo realista, incrédulo, escéptico, inmoral, absurdo, que se entretiene en desfigurar, cuando no en calumniar, los sentimientos más puros, en prescindir o burlarse de las aspiraciones más nobles, y en ahogar los gérmenes de toda virtud regeneradora, presentándonos el mundo como una cueva de bandidos, y el alma racional como una cloaca inmunda. Este convencionalismo hediondo, siendo tan falso como el convencionalismo idealista, es mucho más peligroso y antisocial, porque en último término, nada se pierde con que la imaginación vuele por los espacios infinitos, soñando imposibles, y nada se gana con que se revuelque, soñando infamias y monstruosidades, en el eterno estercolero de Job. No se forman y educan generaciones viriles, aptas para la ruda labor de la edad presente y para las prácticas de la libertad, sembrando en los corazones la indiferencia, el desencanto y el hastío; negando el valor y la finalidad moral de las acciones humanas; sometiendo la vida, en el orden superior, a leyes ciegas e inexorables lanzando sobre todas las ilusiones el frío sarcasmo de la negación; arrancando de la conciencia la raíz del deber y privando al infortunio del reparador consuelo de la esperanza. Así podrán formarse generaciones de fieras o de siervos; pero jamás se formarán generaciones de hombres ni de ciudadanos.

La lectura es una predicación, cuyo influjo sobre las costumbres puede ser grande y debe ser provechoso. Utilicemos en beneficio general esta especie de sacerdocio que la civilización nos confía, y procuremos, por todos los medios posibles, oponernos al oleaje sensual y escéptico que nos invade, enalteciendo, para resistirle, la idea de Dios, de la patria, de la libertad y de la familia: esas cuatro piedras angulares sobre las cuales ha descansado y descansará siempre el edificio social. Trabajemos de consuno sin rendirnos al dos mayo, por elevar el ánimo de nuestros contemporáneos en vez de abatirlo con la revelación, no muy demostrada, de la impotencia definitiva de sus esfuerzos, y cuando la posteridad recoja nuestras obras, si es que merecen ser recogidas, podrá desconocer, quizás con razón, su valor intrínseco, su mérito y su importancia; pero por dura y severa que sea en sus juicios, no podrá negarnos, si emprendemos y perseveramos en el buen camino, la gloria de haber pretendido realizar en la humildad de nuestra vida una misión bienhechora y honrada. Yo, por mi parte, con esto solo me contento.

G. NÚÑEZ DE ARCE.

## IDILIO

### I

¡Oh recuerdos, y encantos, y alegrías  
de los pasados días!  
¡Oh gratos sueños de color de rosa!  
¡Oh dorada ilusión de alas abiertas,  
que a la vida despiertas  
en nuestra breve primavera hermosa!

### II

¡Volved, volved a mí! Tended el vuelo  
y bajadme del cielo  
la imagen de mi amor, casto y bendito.  
Lucid al sol las juveniles galas,  
y vuestras leves alas  
refresquen ¡ay!, mi corazón marchito.

### III

Era a principios del ardiente julio.  
Harta de Marco Tulio,  
Ovidio y Plauto, Anquises y Medea,  
rompiendo su enojosa disciplina,  
la turba estudiantina  
regresaba con júbilo a su aldea.

### IV

¡Hace ya tanto tiempo! Era yo mozo:  
negro y sedoso bozo  
mi sonrosado labio sombreaba.  
Emprendí cuando todos mi camino  
galopando sin tino.  
¡Mi bondadosa madre me esperaba!

### V

¿Y nadie más? ¡Ay!, sí. Mi compañera  
alegre y hechicera

en los mejores años de la vida.  
La inseparable amiga de mi infancia,  
flor de inmortal fragancia  
que llevo en mis recuerdos escondida.

## VI

Niña de corazón sencillo y puro,  
en el rincón oscuro  
de humilde pueblo se crió conmigo.  
Encontróse al nacer huérfana y sola;  
pero mi hogar prestola  
blando regazo y paternal abrigo.

## VII

No alteró nuestra dicha sombra alguna:  
en nuestra honrada cuna  
nos durmió un mismo beso, un mismo canto.  
juntos como dos pájaros crecimos,  
y juntos compartimos  
la pena, el gozo, la inquietud y el llanto.

## VIII

¡Cuán hondo surco en mi memoria labra!  
La primera palabra  
que balbució su labio fue mi nombre.  
Yo la enseñé con fraternal cariño  
las plegarias del niño  
que suele a veces olvidar el hombre.

## IX

Desde el alba hasta el término del día  
la gente nos veía  
vagar sin rumbo en infantil concierto.  
¡Siempre andábamos juntos! Siempre unidos  
buscábamos los nidos  
en los frondosos árboles del huerto.

## X

¡Cuántas veces con sustos y congojas,  
entre las verdes hojas  
crujir sentimos la insegura rama,  
y, antes de aprovecharnos del aviso,  
hallamos de improviso  
lecho impensado en la mullida grama!

## XI

¡Cuántas veces corriendo descuidados  
por viñas y sembrados,  
nos postró la fatiga del camino,  
y a la luz del crepúsculo, ya escasa,  
volvíamos a casa  
en el carro de mies de algún vecino!

## XII

Rápidas al pasar y halagadoras,  
las no contadas horas  
nos hallaban tranquilos y risueños.  
Hasta cuando la noche negra y fría  
piadosa nos rendía,  
juntos los dos jugábamos en sueños.

## XIII

El tiempo deslizo dulcemente  
como mansa corriente  
que cruza el hondo valle, limpia y clara.  
Pero ya tuve edad, y, como es uso,  
mi buen padre dispuso  
que mis graves estudios empezara.

## XIV

¡Conservaré el recuerdo mientras viva!  
Sin pena a dejar iba  
por vez primera los paternos lares:  
mi amante madre preparaba inquieta  
la estudiantil maleta,

y sin querer llorar, lloraba a mares.

## XV

Mi padre enternecido, aunque severo,  
ensillaba el overo  
que ya esperaba indócil a la puerta.  
La hermosa niña, casi adolescente,  
inclinaba la frente,  
callada y sin color como una muerta.

## XVI

En confusión ruidosa pero grata,  
la loca cabalgata  
de otros muchachos a buscarme vino.  
Rayaba apenas la rosada aurora.  
-«¡Vamos, Juan, que ya es hora!»,  
Gritó la turba, y prosiguió el camino.

## XVII

Mi madre entonces, con abrazo estrecho,  
me atrajo hacia su pecho,  
devorándome a besos trastornada.  
Y mi padre decía, ahogado en llanto:  
-«¡Mujer, no es para tanto!  
¡Siempre has de ser así! Lloras por nada.

## XVIII

Puse fin a la triste despedida,  
monté, tendí la brida  
y seguí en pos del bullicioso bando.  
Aún escuché gritar: -«¡Que escribas, hijo!»  
La niña nada dijo,  
mas se abrazó a mi madre sollozando.

## XIX

¡Fue terrible y patético el momento!

Yo, hasta entonces contento,  
conmovido lloré, perdí la calma.  
La ansiada libertad me sonreía;  
pero, ¡ay de mí!, sentía  
que en aquel pobre hogar dejaba el alma.

## XX

Pocos meses después, de amor henchido,  
tornaba al patrio nido,  
fija en su santa paz mi única idea.  
¡Oh ventura!, a los últimos reflejos  
del sol, y ya no lejos,  
alcancé a ver la torre de mi aldea.

## XXI

Doblaba lentamente la campana:  
ancha franja de grana  
teñía el cielo de matices rojos;  
sepultábase el sol en el ocaso...  
¡Ay!, yo detuve el paso,  
y el llanto del placer cegó mis ojos.

## XXII

No tardé en reponerme, y ya sereno  
solté a mi potro el freno,  
dejándole correr a su albedrío.  
Volaba envuelto en nube polvorosa;  
pero una voz gozosa  
me contuvo diciendo: -«¡Ay, hijo mío!»

## XXIII

Muy cerca del lugar, junto a la ermita  
de la Virgen bendita,  
que sobre loma desigual descuella,  
dándole gracias por mi vuelta al cielo,  
con impaciente anhelo  
me aguardaba mi madre, y ¡también ella!

## XXIV

Quedeme al verla extático y absorto.  
Roto había en tan corto  
plazo el botón de rosa su clausura,  
hiriéndome de pronto como un rayo,  
aquella flor de mayo  
en todo el esplendor de su hermosura.

#### XXV

Ella estaba encendida, yo confuso.  
Por fin mi madre puso  
término a mi ansiedad apasionada:  
observó nuestro tímido embarazo,  
y, con amante abrazo,  
nos oprimió a los dos enajenada.

#### XXVI

En la santa explosión de su alegría  
sus besos repartía  
entre nosotros, anhelante y loca.  
Y con afán mi corazón sediento  
aspiraba el aliento  
de la púdica virgen en su boca.

#### XXVII

Mezquino y débil el lenguaje humano  
pretendería en vano  
pintar nuestra emoción intensa y viva.  
No es posible decir lo que sentimos;  
pero al lugar volvimos,  
yo cabizbajo, y ella pensativa.

#### XXVIII

Mas ¡ay!, mi encanto se deshizo en breve.  
Duró lo que la nieve  
que no llega a cuajar en la llanura.  
¡Un instante no más! Sólo un instante  
animó su semblante

fugitivo destello de ternura.

## XXIX

No acertaba a explicarme su mudanza:  
la ingenua confianza  
de la edad infantil trocó en desvío,  
y los alegres juegos que animaron  
nuestra niñez, pasaron  
como pasan las ondas por un río.

## XXX

Apuré la amargura hasta las heces:  
a veces grave, a veces  
adusta y pronta siempre en sus enojos,  
me hablaba sin razón con gesto esquivo,  
y sin ningún motivo  
se llenaban de lágrimas sus ojos.

## XXXI

Desde el alba hasta el término del día  
ya nadie nos veía  
vagar sin rumbo en fraternal concierto.  
Ya no andábamos juntos, ni ya unidos,  
buscábamos los nidos,  
en los frondosos árboles del huerto.

## XXXII

Ya no me acompañaba, y yo, alterado,  
pasaba por su lado,  
tranquilo en la apariencia y satisfecho.  
Era oponer la indiferencia al dolo;  
mas, al quedarme solo,  
se me saltaba el corazón del pecho.

## XXXIII

Entonces, ¡ay de mí!, pensando en ella

dirigía mi huella  
hacia las ruinas del feudal castillo,  
que sobre estéril y ondulosa mota  
alza su frente rota  
sin almenas, sin puente ni rastrillo.

#### XXXIV

Elévase fantástica y disforme  
aquella mole enorme  
que muestra de los siglos el estrago:  
crece en las hendiduras de la piedra  
la trepadora hiedra  
y al pie del muro el triste jaramago.

#### XXXV

Sólo las bulliciosas golondrinas  
turban de aquellas ruinas  
la paz solemne con sesgado vuelo,  
y alguna alondra al ascender inquieta,  
símbolo del poeta  
que cuando canta se remonta al cielo.

#### XXVIII

Mas ¡ay!, mi encanto se deshizo en breve.  
Duró lo que la nieve  
que no llega a cuajar en la llanura.  
¡Un instante no más! Sólo un instante  
animó su semblante  
fugitivo destello de ternura.

#### XXIX

No acertaba a explicarme su mudanza:  
la ingenua confianza  
de la edad infantil trocó en desvío,  
y los alegres juegos que animaron  
nuestra niñez, pasaron  
como pasan las ondas por un río.

### XXX

Apuré la amargura hasta las heces:  
a veces grave, a veces  
adusta y pronta siempre en sus enojos,  
me hablaba sin razón con gesto esquivo,  
y sin ningún motivo  
se llenaban de lágrimas sus ojos.

### XXXI

Desde el alba hasta el término del día  
ya nadie nos veía  
vagar sin rumbo en fraternal concierto.  
Ya no andábamos juntos, ni ya unidos,  
buscábamos los nidos,  
en los frondosos árboles del huerto.

### XXXII

Ya no me acompañaba, y yo, alterado,  
pasaba por su lado,  
tranquilo en la apariencia y satisfecho.  
Era oponer la indiferencia al dolo;  
mas, al quedarme solo,  
se me saltaba el corazón del pecho.

### XXXIII

Entonces, ¡ay de mí!, pensando en ella  
dirigía mi huella  
hacia las ruinas del feudal castillo,  
que sobre estéril y ondulosa mota  
alza su frente rota  
sin almenas, sin puente ni rastrillo.

### XXXIV

Elévase fantástica y disforme  
aquella mole enorme  
que muestra de los siglos el estrago:  
crece en las hendiduras de la piedra

la trepadora hiedra  
y al pie del muro el triste jaramago.

XXXV

Sólo las bulliciosas golondrinas  
turban de aquellas ruinas  
la paz solemne con sesgado vuelo,  
y alguna alondra al ascender inquieta,  
símbolo del poeta  
que cuando canta se remonta al cielo.

XXXVI

En muda calma y soledad medrosa  
parece que reposa  
aquel gigante por la edad rendido.  
Hasta un arroyo que a sus plantas corre,  
y la vetusta torre  
proyecta en su cristal, pasa sin ruido.

XXXVII

Para vencer mi insoportable tedio,  
y hallar algún remedio  
a mis ansias prolijas y secretas,  
con brazo vigoroso y pie seguro  
subía por el muro,  
buscando apoyo en sus profundas grietas.

XXXVIII

Ágil, robusto, dueño de mí mismo,  
al través del abismo  
alzábame hasta el fin, no sin trabajo,  
para ver, en confusa perspectiva,  
la inmensidad, arriba,  
y la tristeza del silencio, abajo.

XXXIX

Las aves que en la torre se acogían,  
al acercarme huían,  
y solo con mis penas en la altura,  
de codos en el ancho parapeto,  
miraba con respeto  
el cielo azul y la feraz llanura.

XL

¡Cuántas veces mi espíritu errabundo  
apartado del mundo  
en aquel torreón del homenaje,  
con íntima y tenaz melancolía  
se engolfaba y hundía  
en la infinita calma del paisaje!

XLI

Ni aislada roca, ni escarpado monte,  
del diáfano horizonte  
el indeciso término cortaban:  
por todas partes se extendía el llano  
hasta el confín lejano  
en que el cielo y la tierra se abrazaban.

XLII

¡Oh tierra en que nací, noble y sencilla!  
¡Oh campos de Castilla  
donde corrió mi infancia! ¡Aire sereno!  
¡Fecundadora luz! ¡Pobre cultivo!...  
¡Con qué placer tan vivo  
se espaciaba mi vista en vuestro seno!

XLIII

Cual dilatado mar, la mies dorada  
a trechos esmaltada  
de ya escasas y mustias amapolas,  
cediendo al soplo halagador del viento  
acompañado y lento,  
a los rayos del sol mueve sus olas.

#### XLIV

Cuadrilla de atezados segadores,  
sufriendo los rigores  
del sol canicular, el trigo abate,  
que cae agavillado en los inciertos  
surcos, como los muertos  
en el revuelto campo de combate.

#### XIV

Corta y cambia de pronto la campiña  
alguna hojosa viña  
que en las umbrías y laderas crece,  
y entre las ondas de la mies madura,  
cual isla de verdura,  
con sus varios matices resplandece.

#### XLVI

Serpean y se enlazan por los prados,  
barbechos y sembrados,  
los arroyos, las lindes y caminos,  
y donde apenas la mirada alcanza,  
cierran la lontananza  
espesos bosques de perennes pinos.

#### XLVII

Por angostos atajos y veredas,  
los carros de anchas ruedas  
pesadamente y sin cesar transitan,  
y sentados encima de los haces,  
rapazas y rapaces  
con incansable ardor cantan o gritan.

#### XLVII

Lleno de majestad y de reposo  
el Duero caudaloso

al través de los campos se dilata:  
refleja en su corriente el sol de estío,  
y el sosegado río  
cinta parece de bruñida plata.

#### XLIX

Ya oculta de improviso una alameda  
su marcha mansa y leda;  
ya le obstruye la presa de un molino,  
y, como potro a quien el freno exalta,  
párase, el dique salta,  
y sigue apresurado su camino.

#### L

En las tendidas vegas y en las lomas,  
cual nidos de palomas,  
se agrupan en desorden las aldeas,  
y en la atmósfera azul pura y tranquila,

ligeramente oscila  
el humo de las negras chimeneas.

#### LI

En las cercanas eras reina el gozo.  
con íntimo alborozo  
contempla el dueño la creciente hacina,  
y mientras un zagal apura el jarro,  
otro descarga el carro  
que bajo el peso de la mies rechina.

#### LII

Otro en el trillo de aguzadas puntas,  
que poderosas yuntas  
mueven en rueda, con afán trabaja,  
y cual premio debido a su fatiga  
desgránase la espiga,  
y salta rota la reseca paja.

### LIII

Una pesada tarde en que el bochorno,  
como el vapor de un horno  
caldeaba la tierra, embebecido  
y suspenso ante el vasto panorama,  
que al pie se desparrama  
de la alta torre, me quedé dormido.

### LIV

Ignoro el tiempo que postrado estuve.  
Caliginosa nube  
encapotó el espacio, antes sereno.  
Dominábame el sueño blandamente,  
hasta que, de repente,  
me despertó sobresaltado un trueno.

### LV

Era de noche ya. Con hondo espanto  
vi que el lóbrego manto  
de las densas tinieblas me envolvía.  
Recordé el sitio, calculé la altura,  
e insólita pavora  
deshizo, como sombra, mi energía.

### LVI

Quise medir la elevación del muro,  
y se perdió en lo oscuro  
del fondo impenetrable mi mirada.  
Grité, volví a gritar: todo fue en vano.  
Estaba mudo el llano,  
muda la inmensa bóveda enlutada.

### LVII

Mi invencible terror iba en aumento:  
trémulo, sin aliento,  
la señal de la cruz besé contrito.

Turbose mi razón y, como un loco,  
empecé poco a poco  
a bajar por la mole de granito.

#### LVIII

¡Un siglo para mí fue cada instante!  
Bregaba jadeante,  
hincando con furor en la muralla  
manos y pies, tan ciego y trastornado  
como el pobre soldado  
que por primera vez entra en batalla.

#### LIX

Volaban junto a mí, tristes y graves,  
las temerosas aves  
que despertaba al descender yo mismo.  
¡Ya escuchaba el murmullo del arroyo!...  
Mas ¡ay!, perdí el apoyo,  
y oscilando quedé sobre el abismo.

#### LX

Me así al ramaje respirando apenas,  
La sangre de mis venas  
corrió con ritmo acelerado y duro.  
Desvanecido, horripilado, incierto,  
y de sudor cubierto,  
buscaba en vano, con mis pies, el muro.

#### LXI

¡Aún el recuerdo abrumador me arredra!  
Crujió la débil hiedra  
entre mi mano trémula y crispada.  
Súbitamente atravesé el sombrío  
espacio, sentí frío,  
luego, un dolor agudo, luego..., ¡nada!

#### LXII

Piadoso el cielo en mi socorro vino.  
Recogiome un vecino  
al pie del muro, exánime y maltrecho.  
Cuando volví de mi mortal letargo,  
vertían llanto amargo  
las prendas de mi amor, junto a mi lecho.

### LXIII

-«¡Vive!», -mi padre alborozado dijo.  
-«¡Vive!», -con regocijo  
mi madre, repitió, mirando al cielo:  
ella, en silencio, se enjugó los ojos-.  
Postráronse de hinojos,  
y la santa oración levantó el vuelo.

### LXIV

Penosa fue mi curación y lenta.  
Tan recia y violenta  
sacudida sufrí, que estuve inerte,  
postrado y sin hablar noches y días,  
esperando las frías  
y espantosas caricias de la muerte.

### LXV

¡Cuántas veces en horas de martirio,  
cuando tenaz delirio  
mi razón y mis miembros embargaba,  
cuando la abrasadora calentura  
mi soledad obscura  
de visiones terríficas poblaba,

### LXVI

con la sedosa cabellera suelta,  
forma gentil y esbelta  
pareciome entrever en mi extravío,  
que se acercaba pálida, intranquila,  
clavando su pupila,

con honda angustia, en el semblante, mío!

#### LXVII

¿Era ficción o realidad? ¡Quién sabe!  
¿Soñaba, cuando el suave  
calor sentía de furtivo beso,  
que se posaba en mí, como se posa  
la leve mariposa  
sin que la débil flor se doble al peso?

#### LXVIII

¿Soñaba, cuando triste o satisfecha,  
en lágrimas deshecha  
o risueña y feliz, según mi estado,  
mirábala sumisa a mis menores  
caprichos y dolores,  
como un ángel de Dios, siempre a mi lado?

#### LXIX

No sé, ni importa ya; verdad o sueño,  
¿qué saca el pobre leño,  
despojo inútil de la mar bravía,  
sino hacer más pesadas sus congojas,  
con recordar las hojas  
que le vistieron de verdor un día?

#### LXX

Al cabo pude abandonar el lecho;  
mas, ¡ay!, no sin despecho;  
porque a medida que la sangre ardiente  
daba a mis miembros el vigor perdido,  
mi dulce bien querido  
recobraba su aspecto indiferente.

#### LXXI

Cierto día, en las horas de la siesta,

cuando la luz molesta  
y un viento sin rumor todo lo arrasa,  
al pie, tendido en la agostada alfombra,  
de un árbol cuya sombra  
el sol calienta, pero no traspasa,

## LXXII

dejaba en perezoso enervamiento  
vagar mi pensamiento,  
atormentado de traidora duda.  
Ella, cerca de mí, dándome enojos,  
no apartaba los ojos  
del bastidor, ensimismada y muda.

## LXXIII

-¿Qué causa su carino me enajena?,  
-con indecible pena,  
me preguntaba yo-. ¿Por qué me trata  
con tal rigor y tan esquivo ceño?  
De mí no era ya dueño  
y exclamé sin pensar: -«¡Ingrata, ingrata!»

## LXXIV

Sin duda percibió mi ahogado grito.  
Mirome de hito en hito  
breves instantes, levántose incierta  
cual si hiciese un esfuerzo sobrehumano,  
y me tendió su mano,  
que a un tiempo estaba temblorosa y yerta.

## LXXV

-«¡Sufres!, -me dijo con afán-. ¿Qué tienes?,  
¿con tan fieros desdenes  
paga tu afecto la mujer que adoras?  
Tu incurable aflicción me causa miedo.  
¡Ay de mí!, que no puedo  
sino llorar contigo cuando lloras.»-

LXXVI

Fijeme en ella con sorpresa y pasmo.  
¿No era unir el sarcasmo  
a la traición? ¿las burlas al desvío?  
La indignación profunda que me ahogaba,  
rompió al fin como lava  
que se convierte en inflamado río.

LXXVII

-«¡Goza, gózate!, -dije- fementida,  
en enconar la herida  
que con tu injusta indiferencia has hecho.  
¡Ojalá fuera fácil, olvidarte!  
que por dejar de amarte  
me arrancaría el corazón del pecho.»

LXXVIII

Yo la vi entonces fascinada y ciega  
llegar a mí, cual llega  
la enamorada tórtola al reclamo.  
Era débil su voz como un gemido,  
y deslizó en mi oído:  
-«¿Es cierto? ¡No me engañes, que te amo!

LXXIX

Quebrante la pasión que me sofoca  
la cárcel de mi boca.  
¡He llorado en silencio tantos días!  
¿No me roban tu amor otras mujeres?  
¿Es verdad que me quieres?  
¡Si me engañaras, Juan, me matarías!

LXXX

No sabes que esta bárbara sospecha,  
como acerada flecha  
me ha traspasado el corazón. ¡Ay!, ¡cuánto,  
cuánto he sufrido!...» Hablábame gozosa,  
y en su mejilla hermosa  
la risa se mezclaba con el llanto.

LXXXI

Yo la escuchaba extático... ¡Aun la veo!  
¡Aun en el alma creo  
que resuena su voz, su voz vibrante  
como el último acorde de una lira!  
¡Aun me llama, aun suspira,  
apasionada siempre y siempre amante!

LXXXII

Desbordó mi cariño cual desborda  
la mar rugiente y sorda,  
y con febril ardor, de que me acuso,  
quise estrecharla entre mis brazos; cuando  
de súbito llegando  
en silencio, mi madre se interpuso.

LXXXIII

Bajé la frente de vergüenza lleno.  
En el materno seno  
corrió a ocultar su rostro la doncella.  
Clavó mi madre en mí sus ojos graves,  
y, dijo: -«Cuando acabes,  
si la mereces, Juan, vuelve por ella.»

LXXXIV

Marché a estudiar con redoblado brío.  
Ni el ocio ni el hastío  
mitigaron un punto mi ardimiento  
No tuve un solo instante de desmayo.  
¡El rayo, el puro rayo  
de su amor me encendía el pensamiento!

LXXXV

¡Terminé al fin!... Mas triste y abatido  
regresé al patrio nido,  
como el que nada busca ni desea.  
A los fugaces últimos reflejos

del sol, y ya no lejos,  
alcancé a ver la torre de mi aldea.

#### LXXXVI

Doblaba lentamente la campana.  
Ancha franja de grana  
teñía el cielo de matices rojos.  
Sepultábase el sol en el ocaso...  
¡Ay!, yo detuve el paso,  
y el llanto del dolor cegó mis ojos.

#### LXXXVII

Muy cerca del lucrar, junto a la ermita  
de la Virgen bendita,  
a cuyos muros me llegué temblando,  
aguardábame, sola y enlutada,  
mi madre idolatrada,  
que se arrojó en mis brazos sollozando.

#### LXXXVIII

La estreché desolado y convulsivo.  
-«¡Murió!, ¿para qué vivo?»,  
-grité, con ansia inacabable y fiera.  
Mi madre dijo, señalando al cielo:  
-«Dios calmará tu duelo.  
¡Es la vida tan corta!... ¡Ora y espera!»